

Prófugas y fugitivas de lo humano: entramados tortilleros, queer y animales

Anahí Gabriela González¹

Resumen: El artículo explora las intersecciones entre la teoría queer, las teorías tortilleras y los estudios críticos animales para problematizar la categoría de “lo humano” como un dispositivo jerárquico y opresivo. En primer lugar, desde los estudios críticos animales, se analiza cómo la dicotomía humano-animal es un dispositivo que condensa múltiples operaciones de exclusión de la modernidad. En diálogo con Myra Hird y Carla Freccero, se sostiene que la animalización opera como un mecanismo histórico de subordinación de las existencias queer, situándolas de manera paradójica tanto del lado de lo animal como del lado de lo contranatural. En segundo lugar, a partir de los aportes de Paul B. Preciado, Monique Wittig, Vir Cano y Martina Davidson, se argumenta que el lesbianismo no es un humanismo, sino un animalismo insurgente que desarma la binariedad de género y desestabiliza la categoría misma de humanidad. Por último, se propone la noción de “devenir tortillero del veganismo”, recuperando las experiencias poético-políticas de los activismos disidentes y tortilleros que no sólo rechazan la categoría de humano, sino que reivindican la animalidad como potencia política y forma de resistencia frente al sistema especista y heterocispatriarcal.

Palabras clave: Animalidad. Teoría queer. Teorías tortilleras. Veganismos.

¹ Doctora en Filosofía (UNSAM/PARIS 8). Docente e investigadora de la Universidad Nacional de San Juan, Argentina. Investigadora asistente del CONICET. Directora de la Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales y Directora del Instituto Latinoamericano de Estudios Críticos Animales. E-mail: anahigabrielagonzalez@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9260-3340>.

Introducción

Este artículo parte de una sospecha radical sobre el proyecto humanista, entendido como un dispositivo jerárquico y opresivo, cuyo quiebre, al afectar el privilegio ontológico-político del Sujeto moderno, desnuda su gramática de poder especista, racista, capacitista y heterocispatriarcal subyacente (González, 2021). Su porvenir, en este sentido, se torna cada vez más problemático. De hecho, la pregunta por quién cuenta como humano se ha convertido en una cuestión central para múltiples campos del pensamiento contemporáneo. Desde los estudios queer, trans y tortilleros hasta los estudios críticos animales, la teoría crip, los feminismos decoloniales y el posthumanismo, entre otros, se ha puesto en cuestión el modo en que el proyecto humanista ha operado como fundamento epistemológico, político y ontológico para legitimar la distribución diferencial y jerárquica de los cuerpos y de las formas de vida.

Por tanto, lo humano no es una categoría universal, sino que ha funcionado como una maquinaria paranoica que demanda ser repetida y afirmada constantemente, dada la precariedad de su articulación. Ser humano no es un punto de partida, sino una condición vigilada, inestable y permanentemente producida. Para múltiples sujetos, su humanidad debe ser demostrada a cada instante: en el cuerpo, en los gestos, en los espacios que habitan, en los modos de utilizar las manos, en el modo de caminar, en los vínculos que establecen. De modo que, si lo humano aparece como el dominio de la Norma, el Logos y lo Universal, eso no es más que una ficción política que encubre las marcas históricas que lo han constituido: blanco, cis-varón, heterosexual, sano, cuerdo, productivo, propietario y del Norte Global. Se trata de una figura que nadie encarna por completo, pero que distribuye privilegios en función de la cercanía a ese modelo.

Siguiendo a Ávila Gaitán (2019) la eficacia contemporánea de este dispositivo se hace visible en la manera en que el ideal de Hombre se hiperboliza bajo la forma de un hiper- o transhumanismo neoliberal, que promueve sujetos permanentemente orientados al mejoramiento, la optimización y el rendimiento. Lejos de anunciar la “muerte del Hombre”, estas configuraciones tecnocientíficas refuerzan su centralidad: el sujeto transhumano – autónomo, autogestionado, flexible, competitivo – condensa las

exigencias de belleza, salud, productividad e inteligencia propias del capitalismo tardío (Ávila, 2019, p. 269). Quienes no pueden o no quieren ajustarse a este mandato de perfeccionamiento quedan relegados a la condición de vidas fallidas, deficitarias o descartables. Así, el dispositivo humano se ha reconfigurado, renovando sus técnicas de clasificación, pero manteniendo intacto su núcleo excluyente: organizar la diferencia en torno a un ideal de humanidad desde el cual otras formas de vida – humanas y no humanas – se tornan sacrificables.

En este contexto, el objetivo de este artículo es explorar los entrelazamientos entre los estudios críticos animales, la teoría queer y las teorías tortilleras, con el fin de desarticular la noción de humanidad como fundamento ético-político y abrir un espacio afirmativo para la producción de deseos, afectos y saberes que desafíen las jerarquías impuestas sobre lo viviente, impulsando otros modos de lo común. Nos interesa indagar cómo ciertas narrativas, poéticas y prácticas activistas – especialmente aquellas situadas en el Sur Global, antiespecistas y tortilleras – exploran lo que denominamos el potencial tortillero de la animalidad y el potencial animal de lo tortillero, en tanto instancias que posibilitan la desarticulación tanto de la binariedad de género como de la dicotomía entre lo humano y lo animal.

Por un lado, los estudios críticos animales (ECA) constituyen un campo que no se dedica meramente a estudiar “a los animales”, sino que busca desarticular el especismo como orden de dominación. A diferencia de los estudios tradicionales sobre humanos y animales, los ECA permiten que la animalidad irrumpa como un acontecimiento político en el campo del conocimiento, poniendo en crisis el lugar soberano del sujeto humano (González; Ávila, 2022; Ávila, 2022). Lejos de pensar a los animales como objetos de análisis, estos estudios exploran cómo el dispositivo antropocéntrico – sostenido por el humanismo y reforzado por la colonialidad – ha clasificado históricamente a ciertos cuerpos como “animales”. En esa lógica, el especismo no actúa de manera aislada, sino que se intersecta con otros regímenes de opresión como el racismo, el cisheteropatriarcado, el capacitismo y el clasismo, animalizando a quienes no responden a los estándares de humanidad. Desmontar la dicotomía humano-animal se torna entonces

uno de los desafíos más urgentes, pues allí se condensan las violencias de la modernidad-colonial.

Por su parte, la teoría queer, en su esfuerzo por dismantelar las normas que rigen el deseo, género y la sexualidad, ha visibilizado cómo la heterosexualidad obligatoria opera como matriz de inteligibilidad, regulando qué cuerpos, prácticas, identidades y deseos son legibles (Butler, 2007). Los deseos, los cuerpos y las sexualidades disidentes marcan el límite de lo que cuenta como humano, a saber, el umbral que delimita las vidas meritorias de duelo frente a las que no (Butler, 2004, 2009). La producción de ciertas vidas como “no llorables” revela la estructura excluyente sobre la que se funda la humanidad moderna, debido a que cualquier ruptura con la norma sexual y de género opera “casi aritméticamente, como desafío a una humanidad hecha y derecha” (Giorgi, 2013). En diálogo con los estudios críticos animales, sostenemos que esta frontera entre lo humano y lo no humano ha sido un dispositivo clave en la gestión diferencial de la vida y la muerte, que no solo afecta a los demás animales, sino también a cuerpos y existencias históricamente animalizadas. En este punto, las teorías tortilleras – aquellas que piensan el lesbianismo más allá de una identidad sexo-genérica, como una práctica política – aportan una clave para pensar alianzas que escapen tanto a la lógica binaria del género como al paradigma humanista del sujeto.

En este marco general, el artículo se organiza en tres movimientos. En primer lugar, desde los estudios críticos animales, se analiza cómo la dicotomía humano-animal es un dispositivo que ha permitido distribuir jerárquicamente a las formas de vida. En diálogo con la teoría queer y los estudios trans, específicamente las propuestas de Myra Hird y Carla Freccero, se sostiene que la animalización ha operado históricamente como un mecanismo de subordinación de las existencias queer, paradójicamente situadas tanto en el terreno de lo animal como en el de lo contranatural. En segundo lugar, a partir de los aportes de Paul B. Preciado, Monique Wittig, Vir Cano y Martina Davidson, el artículo sostiene que el lesbianismo no es un humanismo, sino un animalismo insurgente que desarma la dicotomía hombre/mujer y desestabiliza la categoría misma de humanidad. Por último, se propone la noción de “devenir tortillero del veganismo”, recuperando las experiencias poético-políticas de los activismos disidentes y tortilleros

que no sólo rechazan ampliar la noción de lo humano, sino que reivindican la animalidad como una forma de resistencia frente al sistema especista y heterocispatriarcal.

Teoría queer, estudios trans y estudios críticos animales

En este apartado sostenemos que los estudios críticos animales y la teoría queer convergen al cuestionar los dispositivos y normas que delimitan el campo de lo posible. Indagar en estas normas implica también preguntarse por quiénes quedan fuera del ámbito de lo habitable o lo reconocible por las normas existentes, es decir, por las vidas que son irreales, invivibles e imposibles en los límites de nuestra actualidad. A su vez, analizar el desarrollo contingente de determinadas relaciones de poder permite identificar sus fisuras y tensiones, abriendo el espacio para que emerjan otras formas de vida, de comunidades y de existencias.

Carla Freccero sostiene que la teoría queer designa un entramado heterogéneo de prácticas teóricas interdisciplinarias en torno al género, el deseo, la sexualidad y la identidad (2018, p. 430). Lejos de constituir un campo homogéneo, su potencia radica en la crítica a las normas que producen y regulan las formas de vida, lo que ha influido decisivamente en los estudios críticos animales, al tiempo que estos han reconfigurado y ampliado su alcance analítico. Si uno de los aportes centrales de la teoría queer ha sido desnaturalizar los vínculos entre sexo, género y deseo, exponiendo la matriz heterocisnormativa que sostiene la inteligibilidad del sujeto humano, entonces – propone Freccero – las mismas estrategias críticas pueden dirigirse a la categoría de lo humano. En efecto, si lo humano ha sido históricamente definido por una configuración normativa, desenmascarar esa normatividad como una construcción ideológica permite desarmar otros supuestos fundacionales del orden moderno, entre ellos, la dicotomía humano/animal.

Así, a partir de los cruces entre teoría queer y estudios críticos animales – y en diálogo con otras corrientes como el feminismo, la deconstrucción, el antihumanismo, los estudios de la discapacidad y los estudios decoloniales –, se ha vuelto posible una crítica radical al sujeto humanista liberal, abriendo el camino para pensar existencias que no

estén determinadas por los privilegios epistémicos, políticos y ontológicos que históricamente ha detentado la figura del Hombre (Freccero, 2018, p. 430). Esto no solo descentra al humano como punto de referencia y medida de todas las cosas, sino que obliga a repensar los modos en que lo humano se ha definido contra y en contraste con lo animal, configurando un límite ontológico que sostiene jerarquías y violencias diferenciales sobre lo viviente (Derrida, 2008; Wolfe, 2003; Calarco, 2020).

En este sentido, el “giro animal” refiere a la emergencia, desde fines del siglo XX, de un interés creciente por la cuestión animal en los campos del pensamiento crítico, el activismo y el arte. No se trata solamente de cuestionar la universalidad del Hombre, sino de interrogar al *anthropos* mismo como centro epistémico, político y ontológico. La crisis climática contemporánea y la explotación sistemática de los demás animales en granjas industriales, zoológicos y laboratorios han expuesto con total crudeza los límites del pensamiento, la ética y la acción humanas. Estos procesos no solo evidencian el colapso del ecosistema Tierra, sino que colocan al especismo en el centro del diagnóstico de las violencias estructurales actuales. En este marco, el especismo aparece no sólo como un orden de dominación sobre los otros animales, sino como un dispositivo central en la producción de jerarquías corporales y epistémicas que deslegitiman toda vida que no encaje en los márgenes de la humanidad moderna-colonial.

El especismo no debe entenderse como una forma de discriminación individual, sino como un orden estructural que re/produce la dominación de los animales (Ávila, 2019, p. 264). Esta perspectiva, central en los estudios críticos animales, se ve reforzada por los aportes de la teoría queer, que ha deconstruido las normas de inteligibilidad del género, el deseo y la sexualidad, revelando su carácter normativo y excluyente. Así como la matriz heterosexual reproduce la dicotomía varón/mujer, el especismo se organiza en torno a la dicotomía jerárquica humano/animal. En ambos casos, se trata de regímenes de inteligibilidad que delimitan qué cuerpos merecen reconocimiento y protección, y cuáles pueden ser explotados, subordinados o directamente desechados.

Siguiendo a Iván Ávila, el especismo se compone de espacios diferenciados, saberes, técnicas, tecnologías y dispositivos específicos. El autor identifica tres grandes dispositivos modernos de producción animal: (1) las granjas industriales y sus mataderos;

(2) los laboratorios de experimentación; y (3) los zoológicos (2019, p. 260). Cada uno de ellos está orientado a maximizar la utilidad de los cuerpos animales desde una lógica instrumental centrada en el Hombre. No se trata de potenciar la vida de los animales, sino de producirlas como vidas disponibles, negando sus vínculos de interdependencia y desmantelando sus mundos. Además, estos dispositivos están atravesados por una multiplicidad de discursos – como la biología, la medicina veterinaria, la zootecnia o la nutrición – que contribuyen a la legitimación de su funcionamiento (Ávila, 2019, p. 260).

Además, las discusiones actuales en torno a la Sexta Extinción Masiva de Especies, el Antropoceno, el Capitaloceno y el Plantacionoceno han visibilizado con fuerza las consecuencias devastadoras del colapso ecológico global (Latour, 2017; Haraway, 2019; Moore, 2020). La vida de los animales considerados “salvajes” se ve arrasada por la destrucción de sus hábitats y la pérdida acelerada de biodiversidad, mientras que la expansión de la frontera agrícola promueve un modelo de producción intensiva que convierte a los animales “domésticos” en vidas-para-la-muerte. La industria ganadera es, en este escenario, una de las principales responsables de la deforestación, la escasez de agua, el deterioro de la capa de ozono y el colapso de los ecosistemas (Navarro; Andreatta, 2019, p. 7-8). A ello se suma la proliferación de incendios forestales en múltiples regiones del planeta, lo cual forma parte de un régimen necropolítico que ha puesto en riesgo las condiciones mismas de habitabilidad y diversificación de la vida en la Tierra.

Por otro lado, los estudios críticos animales han desarrollado enfoques interseccionales que no abordan el especismo de manera aislada, sino como parte de un entramado estructural de fuerzas que subordinan, explotan y disciplinan a quienes son categorizados como “animales” (Belcourt, 2015; Fernández, 2018; Ko; Ko, 2021). En efecto, el humanismo estableció un ideal de “cuerpo normal” – blanco, letrado, cismasculino, sano, cuerdo, heterosexual, joven, productivo, propietario, erguido, sin discapacidades visibles, tecnológicamente competente, consumidor, urbano y del Norte Global – que funciona como fundamento ontológico de la existencia. Este modelo ha sido sostenido por una red compleja de técnicas, saberes y dispositivos que subordinan a los cuerpos que se desvían de dicha norma: mujeres cis y trans, personas LGBTQ+, personas

mayores, indígenas, negras, neurodivergentes, enfermas y crónicamente doloridas, trabajadoras (sexuales o no), pobres, migrantes y, por supuesto, los demás animales. Las “retóricas de la animalidad” han funcionado históricamente como un mecanismo clave en la consolidación de prácticas que relegan a tales cuerpos a la explotación, la precarización y el abandono socioeconómico. Esto se debe a que el especismo define quiénes cuentan como “sujetos”, estableciendo al “animal” como el reverso negativo, inferior o incompleto de lo considerado *plenamente* humano.

Este entramado se vuelve particularmente claro cuando examinamos cómo la animalización opera de manera diferenciada sobre distintos cuerpos. Por ejemplo, al ser contruidos como “salvajes” o “primitivos”, los pueblos indígenas y africanos fueron ubicados como un estadio anterior de la “humanidad”, lo que legitimó su subordinación dentro del proyecto civilizatorio moderno-colonial. Esta operación se sostuvo en narrativas racistas y en discursos científicos que animalizaron diferencialmente a estos pueblos, al enfatizar similitudes con animales no humanos como signo de atraso evolutivo, consolidando la blancura como criterio de humanidad plena (Ko; Ko, 2021; Jackson, 2013). Además, el régimen colonial no se limitó a la dominación de cuerpos humanos, sino que incluyó la introducción y la expansión de modos de explotación animal – cerdos, vacas, caballos – que impusieron relaciones inéditas con la vida no humana y provocaron el desplazamiento y la extinción de animales autóctonos. Así, el especismo moderno se revela inseparable del proyecto colonial (Corman, 2020, p. 159; Taylor; Montford, 2020).

Por su parte, la patologización de las personas con discapacidad y neurodivergentes se sostiene en su persistente animalización, produciéndolas como vidas defectuosas, inmorales o “retrasadas”, como relata Eli Clare (2021). Insultos como “mono” o “animal” operan – paradójicamente– como signos de desviación antinatural. Estas nominaciones jerarquizan los cuerpos-mentes discapacitadas y los sitúan en el espacio de lo desechable: vidas que deben ser corregidas o curadas para su “restitución” a la normalidad o, de no ser posible, vidas cuya erradicación se vuelve imaginable y socialmente justificable. Esta lógica también aparece en la experiencia de Sunaura Taylor

(2021), quien ha sido comparada con langostas, pingüinos o perros por la forma en que come sin utilizar las manos o por su manera de caminar. Las existencias disidentes – travestis, tortilleras, maricas, entre otras – han sido igualmente asociadas a lo bestial y lo antinatural. La animalización, lejos de ser una simple metáfora, funciona como una tecnología que sutura racismo, capacitismo y cisheteronorma al especismo, organizando diferencialmente la distribuibilidad de la vida y de la muerte. De allí que repensar la “animalidad” como ficción política se vuelva una tarea urgente e ineludible.

Ahora bien, ¿quiénes pueden dirigir su mirada sobre quienes que no han sido designados para ser reconocidos? Esta pregunta parece abrir un punto de encuentro vital entre la teoría queer y los estudios críticos animales. Butler nos recuerda que solo ciertos cuerpos son reconocidos como “inteligibles”, es decir, aquellos que mantienen una coherencia normativa entre género, sexo, deseo y práctica sexual – hombres y mujeres cisheterosexuales. Quienes no encajan en estos parámetros pueden enfrentar diversas formas de violencia. En palabras de Butler: “Si yo soy de un cierto género, ¿seré todavía considerado como parte de lo humano?” (2006, p. 15).

Cabe entonces plantear que la matriz cisheterosexual es indisociable del especismo. Para quienes desobedecemos los mandatos de género y sexualidad, ha sido históricamente evidente que nuestros cuerpos han sido desplazados hacia el reverso de lo humano. Fuimos capturados bajo la gramática de un desvío contranatural, estigmatizados por supuestamente no poder controlar nuestros “instintos animales”. En efecto, en la matriz moderno-colonial, los cuerpos, deseos y prácticas disidentes han sido animalizados, patologizados y expulsados del campo de la legitimidad. De un lado, como señala Freccero (2018, p. 431), los demás animales han sido instrumentalizados para representar conductas humanas idealizadas – la familia, la fidelidad, la crianza, la complementariedad sexual entre “macho” y “hembra”. Del otro, la transgresión a las normas cisheterosexuales ha sido leída como una amenaza al orden humano, ubicando a los cuerpos queer simultánea y paradójicamente del lado de la animalidad y de lo contranatural.

Ahora bien, como advierte Myra Hird, estas interpretaciones rara vez reflejan la realidad biológica y social de los animales no humanos (2008, p. 35). Más bien, son

proyecciones que nos devuelven nuestras propias ficciones. Tal como se cita en el epígrafe que abre su texto, Hird recupera una afirmación de Haldane: “el universo no sólo es más *queer* de lo que suponemos, sino más *queer* de lo que podemos suponer” (Haldane, 1927, p. 298). El comportamiento animal es invocado para justificar las normas humanas, pero solo en la medida en que resulta útil para legitimar la matriz cisheterosexual. Las prácticas animales que contradicen las normas de género – como la homosexualidad, el lesbianismo, la fluidez sexual, el placer no reproductivo – son ignoradas o patologizadas.

Desde una perspectiva materialista feminista, Hird propone articular el giro materialista con los estudios trans, argumentando que lo “trans” no se limitan al ámbito humano, sino que proliferan en múltiples formas en el mundo no humano. Existen peces que cambian de sexo, áfidos que se clonan sin reproducción sexual, gaviotas lesbianas que crían juntas, hongos con miles de sexos posibles. Esta diversidad biológica desarma la noción de que el binarismo sexual y la heterosexualidad son principios universales. Así, Hird cuestiona tanto la idea de una naturaleza inmutable como los enfoques puramente culturalistas que han dominado en ciertos análisis *queer*. Para la autora no se trata tanto de *queerizar* a los demás animales desde categorías humanas, sino de dejar que la diversidad animal interrumpa nuestras categorías de sexo, género y sexualidad (Hird, 2008, p. 45).

Este gesto implica descentrar la perspectiva: no se trata de afirmar solamente que ciertos animales “son *queer*”, sino de que la propia animalidad y lo no humano en sus formas de vida erosionan la ficción de una naturaleza estable, binaria y heterocissexual. En lugar de reforzar la división naturaleza/cultura, lo que propone Hird es una política de reconocimiento de la agencia material de los cuerpos, humanos y no humanos. En esa línea, su trabajo permite repensar las formas de vida trans como un movimiento más allá de las taxonomías, ya que, siguiendo a Haraway, la transexualidad “cruza una línea culturalmente significativa entre la naturaleza y el artificio, y aumenta enormemente la densidad de todo tipo de tráfico en el puente entre lo que cuenta como naturaleza y cultura” (Haraway, 1997, p. 56).

Este desplazamiento materialista también implica una crítica al excepcionalismo humano sobre el que se ha erigido gran parte del pensamiento occidental. Como plantea

James Stanescu (2018), una de las principales tareas de los estudios críticos animales es desafiar el presupuesto antropocéntrico que asume que el mundo solo importa en la medida en que los seres humanos lo significan, lo interpretan o lo representan. En su forma extrema, el antropocentrismo niega que el mundo tenga sentido o valor más allá de la mirada humana. Esta perspectiva ha consolidado una ontología en la que los animales, los vegetales y los minerales no tienen relevancia alguna salvo como fondo o recurso para el accionar humano. Frente a ello, Stanescu – en diálogo con Karen Barad – propone desarmar la centralidad del lenguaje y del sujeto humano como únicos agentes de sentido. “Se le ha concedido demasiado poder al lenguaje”, señala Barad (2007, p. 132). De ahí que, como proponen Lynda Birke, Mette Bryld y Netta Lykke “necesitamos comprender mejor la ‘animalidad – ’y, por lo tanto, la ‘humanidad – ’y cómo estas categorías atraviesan el género. Pero eso debe hacerse de maneras que reconozcan la agencia, la participación y la performatividad de los animales” (2004, p. 178).

Este cruce entre lo trans, lo queer y lo animal habilita formas concretas de rearticular nuestras categorías y afectos, así como de repensar la política en clave multiespecie. De este modo, se desestabiliza la figura del humano como referencia universal y se abre la posibilidad de imaginar alianzas que desbordan la frontera ontológica que separa a lo humano de lo animal. Es precisamente en ese umbral – donde la desviación sexual coincide con la desobediencia a la especie – que las apuestas postidentitarias, poshumanista y antiespecistas situadas en el Sur Global ensayan formas de vida que rompen con la hegemonía reproductivista, normativa y antropocéntrica. Hacia allí se orientan los apartados siguientes, donde exploraremos cómo ciertos activismos tortilleros reivindican la animalidad como potencia política insurgente frente al orden de la humanidad.

Las teorías tortilleras son animalismos

En este apartado buscamos sostener, a partir de los aportes de Monique Wittig, Vir Cano y Martina Davidson, que las teorías tortilleras no solo cuestionan la heterocissexualidad, sino que también desactivan la noción moderno-colonial de

“humanidad”. De este modo, lo tortillero y lo animal trazan una alianza en los márgenes del mundo humano: una política de fuga y resistencia frente al “pacto humanista”, compartida por quienes han sido marcados como “animales”. El lesbianismo, entendido desde esta perspectiva, no es una categoría afirmativa reconocida por el humanismo, sino una falla, un error, un desvío que interrumpe los relatos antropocéntricos.

En “Filosofias sapatão: construções decoloniais a partir do não-lugar” Martina Davidson nos ofrece una clave importante: las teorías tortilleras no son un campo unificado, sino una multiplicidad teórico-práctica que emerge desde la experiencia concreta de habitar el no-lugar. Dice Davidson:

Según Augé (1992), un no-lugar es un espacio donde no se vive realmente, un sitio en el que las personas permanecen anónimas, innombrables y solitarias. Estos no-lugares son habitados por muchas identidades interseccionadas o excluidas, entre ellas las múltiples lesbianidades (Davidson, 2021a, p. 164).

Desde allí, le autore plantea que la decolonialidad demanda visibilizar y reivindicar ese no-lugar producido por la cisheteronorma, entendida como un régimen que decide qué vidas pueden aparecer, cuáles pueden nombrarse y cómo. El lesbianismo, entonces, se configura como una práctica de desposesión y de insurgencia: una política que desafía las estructuras heterocispatriarcales, desarma la ficción de la humanidad universal y abre la posibilidad de habitar el mundo con otras alianzas y otras sensibilidades.

En esta propuesta Davidson retoma las reflexiones de *Ética tortillera* de Vir Cano (2015), para quien el lesbianismo no es simplemente una identidad política, sino un desplazamiento en los órdenes del ser. Cano recupera el concepto aristotélico de *hexis* para pensar la ética como una disposición que no solo involucra la acción racional, sino también la pasión y los modos en que habitamos el mundo (2015, p. 21). Desde esta perspectiva, Cano propone pensar un *êthos* tortillero, es decir, una ética que se construye desde “una mirada tortillera y de la disidencia sexual sudaca” (p. 22). Además, le autore recupera una acepción más antigua de *êthos*, que significa “morada”, “vivienda”,

“estancia” o “lugar de residencia”, para proponer una apropiación tortillera de la ética, donde el modo de ser y de habitar el mundo se convierten en espacios de resistencia. De este modo, en diálogo con Sarah Hoagland, Cano sitúa la ética tortillera, no sólo como una reflexión sobre la acción moral, sino “como la interrogación de un modo de ser y de habitar, residir y resistir en el mundo” (p. 22).

Pero si el lesbianismo es un modo de habitar la existencia que desafía el binarismo y las estructuras de poder, lo hace en la medida en que desactiva la estructura misma del contrato social. Aquí es donde Wittig entra en escena: en *El pensamiento heterosexual* (2010), la autora había afirmado que las lesbianas no son mujeres, porque la categoría “mujer” es una construcción del régimen heterosexual que define a las mujeres únicamente en relación con los hombres. La existencia lésbica interrumpe este sistema, pues rompe con la lógica de la diferencia sexual y desestabiliza la estructura misma que define lo femenino. No obstante, Wittig no solo plantea que el régimen heterosexual crea la categoría “mujer” como una clase social subordinada, sino que también vincula este análisis con la noción de contrato social. Inspirándose en Jean-Jacques Rousseau, Wittig argumenta que la sociedad se estructura a través de un pacto injusto, donde los hombres han impuesto un contrato heterosexual que somete a las mujeres a la apropiación y explotación por parte de los varones. El contrato heterosexual no es simplemente un acuerdo entre individuos, sino una estructura política que organiza los cuerpos y distribuye el poder en función del género. Para Cano la lesbiana aparece como una declinante de ese contrato: “ser lesbiana, según las condiciones de contratación socio-hetero-económicas, la convierte en una ‘declinante’ del contrato social” (2015, p. 68).²

Ahora bien, consideramos que esta fuga tiene consecuencias más amplias: al romper con el contrato heterocissexual, el lesbianismo desestabiliza la propia estructura de lo humano, históricamente cimentada sobre la diferencia sexual y la heterosexualidad

² El lesbianismo no emerge *ex nihilo*, como si pudiera situarse fuera de los regímenes que lo oprimen. Más bien, se constituye como una ruptura interna al contrato heterosexual, una fisura que revela la contingencia de sus categorías. En este sentido, la afirmación de Wittig no propone una esencia alternativa (“las lesbianas no son mujeres”), sino un gesto de insumisión ontológica: mostrar que “mujer” – y, con ella, “humano” – son ficciones políticas producidas por la heterosexualidad obligatoria. Lo que se inaugura allí no es un nuevo origen, sino un modo de recomponer mundos fuera de la economía heterosexual del sentido.

obligatoria. En otras palabras, la crítica lesbiana también cuestiona el pacto humanista. Porque el contrato heterocissexual no es un acuerdo aislado, sino la expresión de un contrato social más amplio – un contrato humanista – que no solo regula las relaciones de género, sino que delimita quién es considerado humano y quién no. Así, el pacto social que nos precede no solo es heterocissexual, sino también antropocéntrico. Parafraseando el gesto político de Paul B. Preciado (2019, p. 125) – para quien el feminismo no es un humanismo, sino un animalismo – sostenemos que las teorías tortilleras tampoco buscan una inclusión en la categoría de “lo humano”, sino que devienen una política animal insurgente. En esa desestabilización de “lo humano” como frontera ontológica y política, el lesbianismo se alía con aquellas existencias históricamente arrojadas al lugar de lo animal, abriendo un horizonte de resistencias más-que-humanas.

No obstante, la tarea de entrelazar las teorías tortilleras con los estudios críticos animales y el pensamiento antiespecista requiere una serie de mediaciones críticas. En primer lugar, si bien múltiples producciones teóricas y activistas – especialmente desde los feminismos decoloniales, trans, queer y lesbofeministas – han señalado que lo humano es una construcción histórica y excluyente, lo cierto es que en muchos casos los activismos lesbofeministas y de la disidencia sexual, lejos de dismantelar el proyecto humanista, se han orientado a ampliarlo. Es decir, han centrado sus luchas en extender los criterios de inclusión: convertir al humanismo en un espacio más incluyente, sin cuestionar en profundidad los parámetros ontológicos y epistémicos que lo sostienen. Este gesto, aunque fundamental para adquirir derechos y visibilizar existencias, deja intacto el núcleo especista y antropocéntrico del régimen humanista. Así, estas críticas pocas veces han virado hacia esos otros cuerpos que también padecen el proceso de devenir “vida precaria”, sin importar el costo. Nos referimos aquí, explícitamente, a los demás animales, cuya animalidad ha funcionado históricamente como el negativo desde el cual se define lo humano.

En segundo lugar, los feminismos antiespecistas más visibles o hegemónicos han tendido a reproducir una lógica cisheteronormativa, incluso cuando su objetivo ha sido establecer conexiones entre distintas formas de opresión. Al abordar la relación entre sexismo y especismo, muchas veces lo han hecho desde una perspectiva binarista del

género, centrando sus análisis en los paralelismos entre la feminización de los animales y la animalización de las mujeres cisheterosexuales. Este enfoque, aunque relevante, resulta parcial y excluyente, ya que invisibiliza los modos diversos de encarnar el género – como los cuerpos trans, no binarios, intersex, lesbianas masculinas, maricas, entre otros – que también han sido históricamente animalizados, patologizados y deshumanizados (González, 2023; Hamilton, 2019).

Frente a ello, las reivindicaciones antiespecistas queer y trans resultan vitales a la hora de cuestionar aquellos antiespecismos que reproducen lógicas cisheteronormativas, binarias y coloniales. Sus intervenciones han configurado otros imaginarios animalistas que desplazan el discurso identitario del feminismo antiespecista, ya que ponen de manifiesto que las matrices normativas que regulan sujetos, comportamientos y deseos se han dirigido a violentar aquellas existencias que no responden a los ideales cisheterocentros. En este sentido, si entendemos que los animales, las mujeres (cis y trans), los hombres trans, las maricas, travestis, negras, latinas, empobrecidas y lesbianas, han sido oprimidas en nombre del ideal del humanismo blanco colonial y cisheteronormativo, para los transfeminismos “la juntanza de estas voces, más que el borramiento de unas, significa la amplificación de un grito conjunto” (Trujillo, 2022, p. 212).

En este marco, existen también activismos y reivindicaciones animalistas disidentes que han explorado el potencial tortillero de la animalidad o el potencial animal de lo tortillero. En sus intervenciones encontramos un fuerte rechazo a las categorizaciones heterocissexistas, así como una reivindicación de la noción de animalidad como lugar de resistencia frente a la máquina especista (González, 2023, p. 12-13). En efecto, la reivindicación de lo animal ha surgido en algunos activismos como un punto de encuentro no identitario para trazar alianzas entre minorías políticas. Si la animalidad ha sido históricamente disciplinada por el humanismo y, además, múltiples cuerpos no normativos han sido arrojados a ese “reverso”, entonces uno de los desafíos centrales es imaginar políticas múltiples y heterogéneas que reivindiquen esa vulnerabilidad compartida como un espacio alternativo para la articulación colectiva y la creación de nuevas formas de habitar el mundo.

Aquí, la noción de no-lugar que emerge en la teoría y poética tortillera no designa un vacío, sino una zona de invención donde lo excluido deviene potencia. Allí se produce una desidentificación con la humanidad como límite ontológico, habilitando una política que se piensa en fuga más que en inclusión. Sin embargo, lejos de entender ese no-lugar como una condena, lo que proponen las filosofías *sapatão* y las teorías tortilleras es su inversión: volver ese espacio de exclusión en un terreno fértil para la invención de otras formas de vida. Como sostiene Preciado (2019), se trata de inventar lenguajes insolentes, imposibles de traducir al código de la ley. Tal vez, en ese balbuceo animal y desviado, esté latiendo ya otro mundo:

Pero ¿qué significa hablar para aquellos a quienes se nos ha negado acceso a la razón y al conocimiento, para aquellos a quienes se nos ha considerado enfermos? ¿Con qué voz podemos hablar? ¿Nos prestarán sus voces el jaguar o el cibernético? Hablar es inventar la lengua del cruce, proyectar la voz en un viaje interestelar: traducir nuestra diferencia al lenguaje de la norma; mientras continuamos, en secreto, haciendo proliferar un bla-bla-bla insólito que la ley no entiende (Preciado, 2019, p. 23).

De este modo, si la humanidad ha sido históricamente el parámetro que define quién merece reconocimiento, ¿qué sucede con aquellos cuerpos que ni siquiera buscan ser reconocidos dentro de sus límites? Frente a una política centrada en la inclusión dentro de la categoría de lo humano, distintos activismos han optado por desbordar esa frontera y tensionar sus criterios de inteligibilidad. Allí, la identidad ya no funciona como una demanda de reconocimiento, sino como una estrategia de fuga.

Al respecto, resultan vitales los aportes de activistas como Maite Amaya – luchadora popular cordobesa, traba, feminista, anarquista, piquetera y vegetariana –, quien sostuvo que las luchas no pueden orientarse a ampliar la categoría de lo humano, sino a inventar otros vínculos con todo lo vivo y a horadar el sistema mediante prácticas de desobediencia como el veganismo (Amaya, s.f.). Más recientemente, se destaca la militancia y escritura de Paulina Gaetán (2022), travesti antiespecista y vegana de Pergamino (Argentina), que visibiliza la coextensividad entre cissexismo y especismo al denunciar que el genocidio travesti y la violencia sistemática contra los animales se

sostienen en mecanismos comunes de deshumanización: “¿Cuál es la diferencia con los demás animales? [...] Mi libertad también debe incluir la liberación animal” (Gaetán, 2022, p. 27).

En esta misma línea de desobediencia ontológica, podemos citar a le ya nombrade Martina Davidson – lesbiane no binarie, activista y escritore brasilere-argentine – quien ha desarrollado una producción teórica y poética que articula antiespecismo decolonial, teoría crip y lesbianismo. Por su parte, Mar Revolta – activista y escritora travesti lesbiana y no binaria de Brasil – despliega una poética de la animalidad que desestabiliza las taxonomías humanas del género al reivindicar la monstruosidad como forma legítima de existencia. Finalmente, Fer Guaglianone y Lu Carrera, integrantes de “Tortilleras por la Extinción” (La Plata, Argentina), proponen descentrar la figura del “Humano” como sujeto del activismo, articulando prácticas antiespecistas desde la desobediencia sexo-genérica y el rechazo al paradigma del reconocimiento.

Aun cuando sus estrategias y formatos difieren – acción territorial, escritura autobiográfica, poética y militancia colectiva –, les activistas nombrades articulan una crítica profunda a la categoría de lo humano. En el caso de Davidson, este desplazamiento se vuelve especialmente visible en su producción poética, donde deja entrever cómo las existencias tortilleras se configuran como formas de vida que desbordan las dualidades impuestas por el pensamiento occidental. Davidson expresa:

Ser lesbiana no puede tener que ver con la dualidad / con lo binario / la
lesbianidad es justamente / ni hombre ni mujer / pero sí, torta / es el no
lugar / y no hay nada menos binario que no poder existir en ningún
extremo. / [...]

No reduzcan la lesbianidad / al feminismo radical lesbiano / Acá estoy
/ feminista, lesbiana / entendiendo los pasos que dimos y damos juntas
/ trans, locxs, gordes, nosotres / tortas T testosterona / géneros sudando
juntas / cuerpos inconformados con las normas / ¿‘qué sos vos? hombre
o mujer? ’ / algunos tendrán respuesta binaria / yo tengo, apenas, una
respuesta tan llena como vacía: / soy lesbiana (Davidson, 2023).

Este poema evidencia cómo el lesbianismo, lejos de poder ser reducido a una identidad estable dentro de los marcos del género binario, se configura como una forma

de vida que desactiva las oposiciones estructurantes del pensamiento occidental. Si la masculinidad y la femineidad funcionan como principios de inteligibilidad que delimitan quién puede ser considerado humano, entonces las lesbianas no solo no son mujeres: no son humanas dentro de esa gramática. Al enunciar el lesbianismo como un no-lugar que desarma la dicotomía entre hombre-mujer, la escritura de Davidson produce un encuentro entre teorías tortilleras y estudios animales que, lejos de reafirmar las fronteras de las especies (diciendo, por ejemplo, que las lesbianas son humanas), lo que produce es la disolución antropocéntrica de la identidad misma. ¿En este movimiento, podríamos decir que el lesbianismo deja inactiva también la dicotomía humano-animal? Tal vez, en el encuentro entre lo tortillero y lo animal se refuerza la noción de que “nunca hemos sido humanos” (2007), como lo expresa Haraway, y que la identidad y la subjetividad no se constituyen contra lo animal sino siempre en interdependencia.

En otro lugar, junto a María Belen Ballardo, argumentamos que el lesbianismo, tiene una clara impronta posthumanista en la medida en que:

[...] permite pensar la cuestión lesbiana ya no como una especie de identidad esencial – como la piensan las feministas radicales lesbianas: mujeres cis que se vinculan con otras mujeres cis- sino como una forma de coalición-afinidad, tal como plantea Haraway (1989, p. 196-97), que implica y está en contacto con otras luchas antiopresión como la de les trans, les gordes, les loques y de todos aquellos cuerpos que no encajan en las normas de lo humano (González; Ballardo, 2025, p. 324).

Es en ese desorden donde las alianzas se tejen, donde las categorías se quiebran y donde, como en el poema de Davidson, las lesbianas no pueden ser nombradas en los términos del mundo binario. De este modo, teorías tortilleras y las teorías animales nos invitan a repensar la subjetividad desde la desidentificación, desde la apertura a nuevas formas de existencia que no necesiten ser validadas por la estructura del humanismo. Como sostiene Davidson: “[...] las epistemologías deben ser múltiples, como las calles desordenadas de una ciudad no planificada” (2021a, p. 165). En ese desorden – en esa proliferación indómita de vidas – no buscamos ser incluidos en el barco de la humanidad, sino hundirlo para aprender a nadar juntas en otras aguas.

Devenires tortilleros del veganismo

En las últimas décadas hemos asistido a la emergencia de veganismos indígenas, negros, (trans)feministas, queer, crip y populares que, más que constituirse como nuevas identidades fijas, operan como prácticas insurgentes que cuestionan frontalmente el veganismo hegemónico, su impulso universalista y sus fundamentos coloniales. Estos veganismos, lejos de ser simplemente “variantes” de una matriz dominante, deshacen la identidad vegana clásica al afirmar mundos más-que-humanos históricamente subalternizados. No se trata de una oposición binaria donde los veganismos disidentes se afirmen por contraste con el veganismo mainstream, sino de un movimiento heterogéneo que se articula como devenir minoritario orientado a abolir el orden especista desde prácticas concretas de alianza, afectividad, cuidado e interdependencia (Ávila; González; López, 2024, p. 294).

Este marco permite comprender las narrativas que venimos trabajando como parte de lo que aquí proponemos llamar un *devenir tortillero del veganismo*. No se trata de una mera suma de identidades – es decir, ser lesbiana y además ser vegane –, sino de un modo de existencia que, desde su disrupción, incita a pensar en la necesidad de establecer alianzas entre diversas luchas contra la maquinaria especista y cisheteronormativa. En el caso brasileño, estas luchas se despliegan en un escenario marcado por el racismo estructural, la concentración extrema de tierras, el poder político del agronegocio y una profunda desigualdad social que convierten al consumo de carne en símbolo de ascenso de clase y al veganismo – cuando se lo entiende desde un ideal moral individualista – en una práctica percibida como distante o elitista. En este contexto situado se inscribe la propuesta poética de Davidson, quien en sus versos desmantela la idea de un veganismo basado en la pureza moral y el consumo individual. Su poesía convoca a pensar el veganismo, no como una práctica individual ni desconectada de otros ejes de opresión, sino como parte de una praxis política situada. Como lo expresa Davidson en su poesía:

[...] Quizás tendríamos que explicar mejor / que veganismo es la gente
/ o no es nada / que veganismo es hablar de racismo / o no es nada / que

veganismo es hablar de feminismo / o no es nada / que veganismo es hablar de homotransfobia / o no es nada / [...]

Quizás tendríamos que hacer todo eso / y mucho más / para proteger a la vida de los animales / de sus miles asesinatos / metafóricos subjetivos literales / de sus explotaciones de tantos / tipos y tiempos / con máquinas que se adaptan / a acelerar todo / porque mientras el especismo gana plata / los animales pierden vida.

Quizás tendríamos que entender / que no existe veganismo / sin revolución / así que, a armar barricadas, chiques / porque es todo o nada / juntas / lesbianas gordes negres indígenas / gays trans / todes / a quemar a los mataderos (Davidson, 2021b).

A través de estas líneas, Davidson cuestiona los veganismos basados en una ética de consumo despolitizada, que delegan la responsabilidad ética en los individuos y desconocen las condiciones materiales y estructurales de desigualdad sobre las que se sostiene el especismo. Su crítica emerge en un país en el que el agronegocio opera como dispositivo colonial contemporáneo, habilitado para ejercer violencia tanto contra pueblos originarios y comunidades racializadas como contra animales y territorios. En su lugar, apuesta por un veganismo en plural – veganismos – que, como ha mostrado Iván Ávila, lejos de reducirse a un estilo de vida, funciona como un entramado de prácticas multisituadas y heterogéneas que configuraría formas de vida alternativas y antagonistas al orden especista (Ávila, 2022). En este sentido, el devenir tortillero de los veganismos pone de relieve las conexiones sistémicas entre opresiones y, al pluralizar el veganismo – sin concebirlo como una identidad moral individual –, abre nuevas posibilidades para la liberación animal. Desde un lugar de enunciación subalterno, estos veganismos plantean un compromiso con los demás animales al tiempo que desafían los procesos de animalización que recaen sobre aquellos cuerpos que no encajan en el patrón de humanidad impuesto por la modernidad colonial. En estas narrativas el veganismo no aparece como una acción ejercida por seres humanos, sino que, en su conexión con lo viviente, provocan la confluencia de prácticas y alianzas multiespecies, capaces de alterar y deshacer la máquina especista.

Este desplazamiento también se manifiesta en las intervenciones de “Tortilleras por la extinción”, una acción gráfica callejera llevada a cabo por las activistas lesbianas antiespecistas Lu Carrera y Fer Guaglianone. Desde un lugar de enunciación que conjuga

el animalismo, la disidencia sexual y la militancia desde el Sur Global, estas activistas intervinieron los muros de la Facultad de Artes de La Plata en 2020 con la consigna “No me importa tu virus. Me importan los cerdos”. Esa consigna debe situarse en un contexto signado por dos procesos simultáneos: por un lado, la pandemia de Covid-19 como evento zoonótico global; por otro, las resistencias contra el neoextractivismo en Argentina, especialmente frente al intento gubernamental de avanzar en un acuerdo con China para la instalación de mega-factorías porcinas. Todo ello ocurría mientras incendios forestales masivos arrasaban ecosistemas en diversos puntos del país –acontecimientos que, lejos de haber cesado, se han vuelto cada vez más recurrentes. Ante este panorama, la intervención plantea preguntas radicales sobre las políticas contemporáneas de vida y muerte.

¿Hasta cuándo las economías parasitarán los sures? [...] ¿Qué cuerpos y vidas (nos) importan? [...] ¿Cuál es el tiempo del cuidado de una salud que firma garantías de futuras pandemias? [...] ¿cómo fugarnos de la especie? ¿Cuántos animales te comiste antes de twittear: ley de humedales ya!... Y después? ¿cómo hacemos un cuerpo tortillero para la extinción? ¿Cuál es la economía de la extinción? Que el fin del mundo nos encuentre fuera de esta especie (Guaglianone, 2021, p. 316-317).

Estas preguntas proponen una crítica radical al capitalismo global, la colonialidad y el especismo, mostrando cómo los cuerpos humanos y animales del Sur Global son explotados por la misma maquinaria necropolítica. Por un lado, denuncian que el proyecto de las mega-factorías porcinas responde a una matriz colonial extractivista que profundiza las desigualdades y violencias estructurales en países periféricos. Por otro, al afirmar que los cerdos son vidas que importan, descentran a lo humano como sujeto de la política y cuestionan el excepcionalismo humano como fundamento de las políticas contemporáneas. Frente a este panorama, “Tortilleras por la Extinción” propone una fuga de la especie a través de un gesto insurreccional y poético: *hacerse un cuerpo tortillero para la extinción*. Esta consigna no reproduce un imaginario nihilista, sino que funciona como una apuesta afirmativa por mundos posibles aún no reconocidos:

Hacernos un cuerpo tortillero para la extinción es arrebatar poéticamente la idea de extinción, es volver a pensar cómo y con quiénes queremos vivir y morir. Hacernos un cuerpo tortillero como identidad inestable, como una multiplicidad de organismos en conexión y desidentificación finita y sensible, un entre que nos haga más cerdxs y menos mujeres. Es extinguir la idea de humanidad como proyecto futuro de reproductibilidad de la especie. Pretende abrir camino a la reificación del futuro impuesto por la verdad del capital, que obtura la invención de políticas sensibles de las desobediencias por venir (Guaglianone, 2021, p. 320).

La propuesta de devenir un cuerpo tortillero no implica ampliar el proyecto humanista. En el cruce entre disidencia sexual y antiespecismo, el acto de reivindicarse como cerdes, en lugar de mujeres, es una forma de hacer temblar su pertenencia a la especie humana. Al devenir cuerpos irreconocibles dentro del orden heteronormativo y antropocéntrico, desestabilizan los principios de reproducción de la especie y del Capital. Siguiendo a Giorgi, podríamos decir que “salirse del género normativo es siempre, en alguna medida, salirse de la especie” (2013, p. 7). De este modo, el acto de devenir cerdos y no mujeres no es solo una declaración de disidencia de género, sino una fuga de la humanidad misma como proyecto colonial. Al mismo tiempo, la propuesta de inventar políticas sensibles de desobediencia plantea un horizonte de imaginación radical en el que la extinción no entendida como la aniquilación, sino un desvío del mandato reproductivo, una fractura del tiempo lineal del progreso capitalista, y una potencia de lo que aún no ha sido. Es la posibilidad de otros mundos en los que lo que importa es la afirmación de cuerpos en su heterogeneidad y variabilidad.

Ahora bien, la perspectiva del Sur Global no aparece aquí como un simple marco geográfico, sino como una condición histórica y epistémica que altera profundamente las coordenadas del pensamiento queer, tortillero y crítico-animal. En territorios marcados por la colonialidad y el neoextractivismo, la frontera humano/animal opera como una tecnología de gestión de poblaciones, de desmontaje de territorios y de administración diferencial de la existencia. La animalidad impuesta a pueblos originarios, comunidades afrodescendientes, travestis y lesbianidades no es un accidente, sino la forma

contemporánea del régimen colonial para seguir distribuyendo vidas habitables y vidas desechables.

En este escenario, el activismo antiespecista y tortillero en América Latina opera bajo condiciones radicalmente distintas a las del Norte Global: implica disputar no sólo derechos o reformas, sino la propia posibilidad de permanencia y supervivencia en territorios donde los cuerpos disidentes, animales y ecosistemas son sistemáticamente tratados como descartables. Por ello, las poéticas y acciones políticas que emergen desde el Sur latinoamericano no pueden desvincularse de una lucha simultánea contra el racismo, la cisheteronorma, el extractivismo y la colonialidad. Estas condiciones históricas y materiales no constituyen simplemente un contexto, sino que transforman profundamente las categorías mismas del pensamiento queer, tortillero y crítico-animal.

Conclusiones: narrativas disidentes fuera de la especie

A lo largo de este texto hemos partido de una sospecha radical sobre el proyecto humanista, entendido como un dispositivo que organiza jerárquicamente lo viviente a partir de la ficción de “lo humano” como centro ontológico, político y epistémico. El recorrido por los estudios críticos animales, la teoría queer, los estudios trans y las teorías tortilleras mostró que la frontera humano/animal no es un dato esencial, sino una tecnología histórica que distribuye diferencialmente quién puede ser reconocido como sujeto y quién queda expuesto a la explotación, la patologización o la muerte. En este dispositivo, la animalización ha operado como una técnica privilegiada para producir vidas descartables: no sólo las de los demás animales, sino también las de quienes han sido construides como “menos que humanos” – pueblos racializados, cuerpos discas, subjetividades queer y tortilleras, existencias empobrecidas y del Sur Global. Este desplazamiento epistémico y político se condensa, de manera poética y radical, en los versos de Mar Revolta, donde la negativa a la humanidad se vuelve gesto de denuncia y de fuga:

no soy humana / porque esta categoría siempre fue reservada / a los cis-
varones hetero blancos flacos ricos y sin discapacidad / del norte global

/ no soy humana porque la especie es tan socialmente construida / como la raza y el género / y por los mismos cis-varones blancos / no soy humana porque aprendí con María Lugones / que humano- animal es / la dicotomía central de la modernidad colonial / no soy humana porque las travas las tortas / las locas las negras las gordas / las monstruas las originarias las neuroatípicas las con deficiencia, nosotres y / todas las otras disidencias, siempre fuimos animalizadas / no soy humana porque humano no es solo especie / es el proyecto de mundo de los mismo cis-varones blancos / somos tormenta, somos tsunami, somos mar en revuelta (Revolta, 2024, p. 146-147).

Estos versos no son un cierre: son una apertura. Una invitación a releer los argumentos trabajados hasta aquí desde la fuerza disruptiva de esa voz colectiva que niega la humanidad como proyecto colonial. A partir de allí, podemos retomar los movimientos del artículo para mostrar cómo se articula esta fuga en distintos planos.

En el primer movimiento, mostramos cómo los cruces entre teoría queer, estudios trans y estudios críticos animales permiten cuestionar tanto la naturalización de la diferencia sexual como el excepcionalismo humano. El giro animal, en diálogo con autores como Freccero, Hird, Haraway o Stanescu, no se limita a “incluir a los animales” en el campo de lo pensable, sino que desestabiliza la propia categoría de humanidad como fundamento de valor. Al visibilizar la diversidad de formas de vida, cuerpos y deseos que exceden la binariedad y la heterosexualidad obligatoria, estas perspectivas exhiben el carácter político de la dicotomía humano/animal y su imbricación con otros regímenes de opresión. Desde allí, la animalidad deja de ser el negativo de lo humano para volverse un campo de disputa: una zona donde se juegan las formas contemporáneas de la violencia, pero también la posibilidad de otras alianzas y otras sensibilidades.

En el segundo movimiento, retomamos las teorías tortilleras para pensar el lesbianismo no como identidad fija, sino como práctica política que desactiva el contrato heterocissexual y, con él, el pacto humanista que sostiene la figura del Hombre. A partir de Wittig, Cano y Davidson, propusimos entender lo tortillero como un no-lugar que no busca ser integrado a la gramática de lo humano, sino desfondarla. El lesbianismo aparece, entonces, como una forma de vida que interrumpe la diferencia sexual, desordena las taxonomías del género y se alía con aquellas existencias arrojadas

históricamente al lado de lo animal. En este sentido, hablar de teorías tortilleras como animalismos insurgentes no implica animalizar una vez más a las lesbianas, sino recuperar la animalidad como punto de fuga frente a la maquinaria que ha hecho de la humanidad una frontera excluyente. En esta línea, Paul B. Preciado señala: “Debemos rechazar las clasificaciones que subyacen a la epistemología colonial. Debemos abrazar la animalidad a la que constantemente nos referimos. [...] Todas las jaulas deben ser abiertas” (2019, p. 83). La animalidad, entonces, se presenta como un espacio afirmativo de resistencia, en sintonía con la forma en que los activismos queer, crip y gordos han convertido la injuria en un lugar de enunciación política.³

El tercer movimiento, centrado en los devenires tortilleros del veganismo, permitió situar estas disputas en clave geopolítica. Los veganismos indígenas, negros, (trans)feministas, queer, crip y populares del Sur Global no aparecen como variaciones periféricas de un modelo hegemónico, sino como prácticas insurgentes que deshacen el veganismo blanco, moralista e individualista. La poesía de Davidson y las intervenciones de “Tortilleras por la Extinción” muestran que, en contextos atravesados por el agronegocio, el racismo estructural, la concentración de la tierra, la militarización de la vida y el extractivismo, el antiespecismo no puede desligarse de las luchas contra la colonialidad, el cisheteropatriarcado y el capitalismo. En estos escenarios, el veganismo tortillero no es un gesto de consumo individual, sino una forma situada de resistencia y de imaginación política frente a la necropolítica que convierte a animales, bosques y cuerpos disidentes en recursos sacrificables.

³ Para que esta articulación entre lo tortillero y lo animalista no derive en una inversión simplista de la dicotomía humano/animal ni en una nueva esencialización, es necesario distinguir entre la animalización como tecnología de dominación y la reivindicación política de la animalidad como estrategia desobediente. Mientras la animalización funciona como un mecanismo que legitima la exposición diferencial a la violencia, la reivindicación crítica de lo animal no consiste en asumir una esencia compartida con “la naturaleza”, ni en invertir jerárquicamente la dicotomía humano/animal, sino en desarticularla. Este gesto opera como una reapropiación de la injuria – del insulto “animal” que históricamente degradó cuerpos feminizados, racializados, neurodivergentes, trans o empobrecidos – en la misma línea en que movimientos disidentes han resignificado queer, crip o gorde. Reivindicar la animalidad implica denunciar las condiciones históricas que han arrojado a ciertas vidas fuera de lo humano y, a la vez, afirmar los lazos de interdependencia, vulnerabilidad y cohabitación que sostienen toda forma de vida. Como señala Sunaura Taylor (2021), la vulnerabilidad animal es una potencia insurgente para imaginar mundos que interrumpen y desplacen criterios de autonomía, capacidad o productividad del sujeto moderno.

Ahora bien, la articulación entre estudios críticos animales, teorías tortilleras y prácticas activistas no responde aquí a una división entre teoría y acción, sino a un territorio común donde los conceptos nacen de luchas situadas. Las intervenciones de Davidson, Gaetán, Amaya o Mar Revolta no funcionan como ilustraciones de teorías previas, sino como formas de pensamiento encarnado que producen conocimiento desde la intemperie y la experiencia de la exclusión. Por tanto, el activismo no aparece como aplicación de una teoría, sino como su condición de posibilidad: es en las prácticas insurgentes – poéticas, gráficas, territoriales, afectivas – donde se inventan los lenguajes capaces de desbordar al humanismo y afirmar alianzas multiespecies.

Nombrarnos tortilleras, nombrarnos animales es también un gesto radical de imaginación política. Un gesto que, en lugar de reclamar un lugar dentro del arca de lo humano, apuesta por romper sus cimientos y construir otros refugios: túneles, madrigueras, manadas, en los que nos refugiemos juntas, experimentando los roces de la piel, resonando con los miedos y dolores de los demás como propios (González, 2023, p. 16). Nuestras narrativas, nuestras alianzas, la celebración de nuestras vidas disidentes y romper la especie como marco de reconocimiento, son y han de ser un punto posible de arranque para resistir a los efectos de la precarización en los recuerdos de la piel, un lugar donde nuestras vulnerabilidades pueden encontrar formas nuevas de devenir una potencia de encuentro afirmativa.

Asimismo, el devenir tortillero del veganismo es un lugar no-identitario que nos convoca a un acto de resistencia y de imaginación política para afirmar la animalidad común, como así también de experimentar modos de encuentro y de imaginación de esos mundos que deseamos habitar. De esta manera, las alianzas de los cuerpos trans, queer, tortilleros y animales nos ofrecen modos de imaginar otros modos de estar-con-otres, de compartir vulnerabilidades, allí donde la solidaridad y apoyo mutuo, pueden encontrar zonas comunes de mutuo potenciamiento y florecimiento.

Referencias

AMAYA, Maite. **Entrevista por La Condesa**. [Vídeo]. YouTube, s.f. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Le9VvSza48>. Acceso en: 20 nov. 2025.

ÁVILA GAITÁN, Iván Darío. Las ocho inflexiones de los animalismos situados. **Fractal**, n. 91, 2022. Disponible en: <https://mxfractal.org/articulos/RevistaFractal91Avila.php>. Acceso en: 20 nov. 2025.

ÁVILA GAITÁN, Iván Darío. Los animales ante la muerte del hombre: (tecno)biopoder y performances de la (des)domesticación. **Tabula Rasa**, n. 31, p. 251-268, 2019.

ÁVILA GAITÁN, Iván Darío; GONZÁLEZ, Anahí Gabriela; LÓPEZ BARRIOS, Josué Imanol. Los devenires del veganismo. **Políticas de la memoria**, p. 288-303, 2024.

BARAD, Karen. **Meeting the Universe Halfway: Quantum Physics and the Entanglement of Matter and Meaning**. Durham, NC: Duke University Press, 2007.

BELCOURT, Billy-Ray. Animal bodies, colonial subjects: (Re)Locating animality in decolonial thought. **Societies**, v. 5, n. 1, p. 1-11, 2015.

BIRKE, Lynda; BRYLD, Mette; LYKKE, Netta. Animal performances: An exploration of intersections between feminist science studies and studies of human/animal relationships. **Feminist Theory**, v. 5, n. 2, p. 167-183, 2004.

BUTLER, Judith. **Deshacer el género**. Trad. Patricia Soley-Beltrán. Buenos Aires: Paidós, 2006.

BUTLER, Judith. **El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad**. Trad. M. Antonia Muñoz. Barcelona: Paidós, 2007.

BUTLER, Judith. **Marcos de guerra: las vidas lloradas**. Trad. Bernardo Moreno Carrillo. Buenos Aires: Paidós, 2009.

BUTLER, Judith. **Vida precaria: el poder del duelo y la violencia**. Trad. Fermín Rodríguez. Buenos Aires: Paidós, 2004.

CALARCO, Matthew. **Beyond the Anthropological Difference**. New York: Cambridge University Press, 2020.

CANO, Vir. **Ética tortillera: ensayos en torno al ethós y la lengua de las amantes**. Buenos Aires: Madreselva, 2015.

CLARE, Eli. **Una brillante imperfección**. Trad. Matilde Pérez. Madrid: Continta Me Tienes, 2021.

CORMAN, Laura. He(a)rd. Animal cultures and anti-colonial politics. *In*: TAYLOR, Chloë; STRUTHERS, Kelly (org.). **Colonialism and animality: anti-colonial perspectives in critical animal studies**. London / New York: Routledge, 2020, p 129-157.

DAVIDSON, Martina. Filosofías sapatão: construções decoloniais a partir do não-lugar. **Tramas y Redes**, n. 1, p. 161-170, 2021.

DAVIDSON, Martina. **Llamaradas lésbicas**. Inédito, 2023.

DAVIDSON, Martina. **Repensando o veganismo**: o feminismo e o projeto decolonial como ferramentas ético-políticas para um veganismo anticapitalista. Rio de Janeiro: Ape’Ku, 2021b.

DERRIDA, Jacques. **El animal que luego estoy si(gui)endo**. Trad. Cristina de Peretti y Cristina Rodríguez Marciel. Madrid: Trotta, 2008.

FERNÁNDEZ AGUILERA, Laura. **Hacia mundos más animales**. Una crítica al binarismo ontológico desde los cuerpos no humanos. Madrid: Ochodoscuatro Ediciones, 2018.

FRECCERO, Carla. Queer Theory. In: TURNER, L. et al. (eds.). **The Edinburgh Companion to Animal Studies**. Edinburgh: Edinburgh University Press, 2018. P. 430-443.

GAETÁN, Paulina. **Preludio Travesti**. Antipoemario, 2022.

GIORGI, Gabriel. La lección animal: pedagogías queer. **Boletín/17**, p. 1-40, 2013.

GONZÁLEZ, Anahí Gabriela. Interrupciones furiosas. Una aproximación a los transfeminismos antiespecistas y posthumanistas en Argentina. **Resistances. Journal of the Philosophy of History**, v. 4, n. 7, 2023.

GONZÁLEZ, Anahí Gabriela. Políticas feministas de la animalidad: decolonialidad, discapacidad y antiespecismo. **Instantes y Azares**, n. 20, p. 123-146, 2021.

GONZÁLEZ, Anahí Gabriela; ÁVILA GAITÁN, Iván Darío. **Glosario de resistencia animal(ista)**. Bogotá: Ediciones Desde Abajo / ILECA, 2022.

GONZÁLEZ, Anahí Gabriela; BALLARDO, María Belén. Críticas al humanismo desde el imaginario poético-literario de las disidencias sexuales latinoamericanas. In: MORETTI BASSO, Ianina; CANO, Virginia; GARDELLA, Mariana (orgs.). **Primeras jornadas de teorías tortilleras: memorias, errancias y vísceras conceptuales**. Córdoba: UNC, FFyH, 2025. E-book. P. 317-330. Disponible em: <https://editoriales.facultades.unc.edu.ar/index.php/publicacionesffyh/catalog/view/120/154/1808>. Acceso en: 20 nov. 2025.

GUAGLIANONE, Fer. No me importa tu virus. Me importan los cerdos: acción gráfica viral callejera. **Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales**, v. 8, n. 2, p. 314-325, 2021.

HALDANE, John. **Possible worlds and other papers**. New York: Harper, 1927.

HAMILTON, Carrie Lou. **Veganism, Sex and Politics: Tales of Danger and Pleasure**. Bristol: HammerOn Press, 2019.

HARAWAY, Donna. **Modest_Witness@Second_Millennium.FemaleMan_Meets_OncoMouse: feminism and technoscience**. New York / London: Routledge, 1997.

HARAWAY, Donna. **Primate visions: gender, race, and nature in the world of modern science**. New York: Routledge, 1989.

HARAWAY, Donna. **Seguir con el problema: generar parentesco en el Chthuluceno**. Trad. Helen Torres. Bilbao: Consonni, 2019.

HARAWAY, Donna. **When Species Meet**. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2007.

HIRD, Myra. Animal Trans. *In*: HIRD, Myra; GIFFNEY, Noreen (eds.). **Queering the Non/Human**. London: Ashgate, 2008. P. 227-248.

JACKSON, Zakiyyah Iman. Animal: new directions in the theorization of race and posthumanism. **Feminist Studies**, v. 39, n. 3, p. 669-685, 2013.

KO, Aph; KO, Syl. **Aphro-ismo: ensayos de dos hermanas sobre cultura popular, feminismo y veganismo negro**. Trad. Laura Fernández; Gabriela Parada Martínez. Madrid: Ochodoscuatro Ediciones, 2021.

LATOUR, Bruno. **Cara a cara con el planeta: una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas**. Trad. Ariel Dillon. Buenos Aires: Siglo XXI, 2017.

MOORE, Jason W. **El capitalismo en la trama de la vida**. Trad. María José Castro Lage. Madrid: Traficantes de Sueños, 2020.

NAVARRO, Alicia; ANDREATTA, María M. Sistema alimentario carnista y crisis climática: breve cartografía para comprender el problema. **Question/Cuestión**, v. 1, n. 64, 2019.

PRECIADO, Paul B. **Un apartamento en Urano: crónicas del cruce**. Barcelona: Anagrama, 2019.

REVOLTA, Mar. Muito mais-que-humana: a desistência da espécie enquanto práxis decolonial. **Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales**, v. 10, n. 2, p. 134-154, 2024.

STANESCU, James. Matter. *In*: GRUEN, Lori (ed.). **Critical Terms in Animal Studies**. Chicago: University of Chicago Press, 2018. P. 234-250.

TAYLOR, Chloë; MONTFORD, Kelly (eds.). **Colonialism and animality**: anticolonial perspectives in critical animal studies. London / New York: Routledge, 2020.

TAYLOR, Sunaura. **Crip**: liberación animal y liberación disca. Trad. Mario Albelo. Madrid: Ochodoscuatro Ediciones, 2021.

TRUJILLO RENDÓN, Valentina. Repensar lo humano desde el transfeminismo antiespecista. **Analéctica**, v. 8, n. 50, p. 197-219, 2022.

WITTIG, Monique. **El pensamiento heterosexual y otros ensayos**. Trad. J. Sáez; P. Vidarte. Madrid: Egales, 2010.

WOLFE, Cary. **Animal Rites**: American Culture, the Discourse of Species, and Posthumanist Theory. Chicago: University of Chicago Press, 2003.

Prófugas e fugitivas do humano: tramas tortilleras, queer e animais

Resumo: O artigo explora as interseções entre a teoria queer, as teorias tortilleras e os estudos críticos animais para problematizar a categoria de “o humano” como um dispositivo hierárquico e opressivo. Em primeiro lugar, a partir dos estudos críticos animais, analisa-se como a dicotomia humano–animal constitui um dispositivo que condensa múltiplas operações de exclusão da modernidade. Em diálogo com Myra Hird e Carla Freccero, sustenta-se que a animalização opera como um mecanismo histórico de subordinação das existências queer, situando-as de modo paradoxal tanto do lado do animal quanto do lado do contranatural. Em segundo lugar, a partir das contribuições de Paul B. Preciado, Monique Wittig, Vir Cano e Martina Davidson, argumenta-se que o lesbianismo não é um humanismo, mas um animalismo insurgente que desarticula a binariedade de gênero e desestabiliza a própria categoria de humanidade. Por fim, propõe-se a noção de “devir tortillero do veganismo”, recuperando as experiências poético-políticas dos ativismos dissidentes e tortilleros que não apenas rejeitam a categoria de humano, como também reivindicam a animalidade como potência política e forma de resistência frente ao sistema especista e heterocispatriarcal.

Palavras-chave: Animalidade. Teoria queer. Teorias tortilleras. Veganismos.

Recebido: 30/05/2025
Aceito: 22/01/2026